

Fanon, F. (1961), *Les damnés de la terre*, París, Éditions Maspéro. Edición consultada: *Los condenados de la tierra*, Navarra, Txalaparta, 1999, 251 pp. Con Prefacio de Jean-Paul Sartre, fechado en setiembre de 1961.¹

La conmemoración del pasado marzo de 2012 del cincuentenario de los Acuerdos de Evian, que en 1962 derivaron en la independencia de Argelia, puso de relieve que el pasado colonial y el sangriento enfrentamiento de ocho años entre franceses y argelinos es todavía en la actualidad una herida abierta que sigue manteniendo vivas las tensiones entre ambas naciones. De igual modo, episodios como las protestas en el Festival de Cannes de 2010 a raíz de la proyección de *Hors-la-loi*, del director Rachid Bouchareb, contextualizada en los años de la lucha por la liberación argelina, muestran la vigencia y constante actualización de las consecuencias de aquellos acontecimientos históricos. Es por ello por lo que resulta oportuno visitar hoy la obra de Frantz Fanon, referencia inestimable en la aproximación a los orígenes, las causas y la idiosincrasia de un pasado colonial que ni Francia ni Argelia han podido o sabido cerrar aún enteramente.

Los condenados de la tierra (1961) nace de la mirada personal, crítica y combativa de un habitante de la colonia francesa de Martinica y descendiente de los esclavos traídos desde África a las Antillas, sobre el contexto histórico que le rodea, y en el que se implica de manera activa. El volumen, publicado post mórtem, surge, pues, directamente de la unión de dos condicionantes que no deben pasarse por alto: por un lado, las experiencias vivenciales de Frantz Fanon, tanto en las colonias como en la vieja metrópolis; y por otro, la historia de la lucha de Liberación de Argelia (1954-1962), con la que el autor se compromete, y que traslada a *Los condenados de la tierra* como ejemplo representativo de los procesos de descolonización.

Algunas de las ideas que se desarrollarían en la obra de 1961, como veremos más adelante, se encontraban ya en germen en su primera obra, *Piel negra, máscaras blancas* (*Peau noire, masques blancs*, París, Edition du Seuil, 1952),² a cuya lectura remite el propio Fanon en *Los condenados de la tierra*. Aquel primer volumen era el resultado de la toma de conciencia de los desajustes, desequilibrios, o desencuentros que vivía el negro colonizado, quien en el proceso de su asimilación, no solo adoptaba la lengua francesa como suya, sino

¹ Todas las citas, con sus correspondientes páginas, recogidas en el cuerpo del texto pertenecen a esta edición.

² A estas dos obras fundamentales de Fanon, se unen otras no menos relevantes en su trayectoria, y tenidas igualmente en cuenta por los estudios postcoloniales. Aunque no podemos detenernos en ellas aquí, dejamos mencionadas *Sociología de una revolución*, título español para *L' an V de la Révolution Algérienne* (1959), y *Por la Revolución Africana* (*Pour la révolution africaine. Écrits politiques*, 1964). recopilación de algunos de sus escritos publicados en los años cincuenta para el periódico del Frente de Liberación Nacional *El Moudjahid*, de Túnez.

con ella también la cultura y el peso de la civilización del francés blanco, con sus valores racistas incluidos. La tesis de *Piel negra, máscaras blancas*, con claras influencias del psicoanálisis, surgió en primer lugar de los contactos intelectuales del autor durante su etapa de estudios de Medicina y Psiquiatría en Francia, una vez acabada la Segunda Guerra Mundial, período en que tomó contacto con el movimiento de la *negritud*, encabezado por Aimé Césaire (la obra se abre con una de sus citas) y ligado a la revista *Présence Africaine*. Apoyado por intelectuales franceses de la talla de Jean-Paul Sartre, este movimiento apostaba por la reivindicación de la identidad y la cultura negras frente a la asimilación francesa. En segundo lugar, en la gestación del primer libro de Fanon influyó además, de forma decisiva, el haber presenciado este los abusos racistas de las tropas francesas de Vichy en Martinica; así como su propia participación en la Segunda Guerra Mundial donde tomó conciencia de la paradoja que suponía alistarse como voluntario para defender la patria francesa y tener que enfrentarse posteriormente al “blanqueamiento” de su regimiento, cuando la derrota alemana estaba al caer.³ Estos hechos ilustraban –en opinión de Fanon– la evidencia de que el colonizado lo era también culturalmente, y como consecuencia caía en la alienación y en la aceptación del concepto de inferioridad que el subyugador blanco tenía respecto del negro subyugado.

Algunas de las ideas expuestas en su primer volumen volvieron a retomarse desde otros ángulos en *Los condenados de la tierra*, donde a la luz de los nuevos acontecimientos de la Guerra por la Independencia de Argelia, y condicionado por su propio recorrido vital (en 1953 deja Francia para ocupar el puesto de Jefe de Servicio en el Hospital Psiquiátrico de Blida-Joinville en Argelia), Fanon siguió ocupándose de las consecuencias del encuentro entre opresores y oprimidos en los procesos de colonización.

Los condenados de la tierra surge, por tanto, como resultado de haber vivido en primera persona el inicio de la revolución de los argelinos por su liberación en 1954, y la consecuente represión, brutal, de las fuerzas coloniales. Fanon no solo fue testigo de los inicios de la lucha, sino que participó activamente en el seno del Frente de Liberación Nacional, y dejó clara su postura de apoyo y defensa de la causa argelina al dimitir de su puesto oficial en el Hospital y escribir formalmente en 1956 su Carta Pública de Renuncia, donde criticaba duramente los rasgos propios de la dominación colonial. Expulsado de Argelia por ello, Fanon siguió trabajando, sin embargo, desde fuera de la todavía colonia francesa por la independencia argelina, uno de los procesos de descolonización más largos y duros de África, donde la lucha armada, las represalias, las torturas, y una atmósfera general de violencia fueron sus rasgos

³ Una aproximación a la biografía de Frantz Fanon puede encontrarse en Oto, A.J. de (2003), *Frantz Fanon: Política y poética del sujeto colonial*, México, El Colegio de México/Centro de Estudios de Asia y África, pp. 217-220.

definitorios. Enfermo de leucemia, escribió en unos diez meses, *Los condenados de la tierra*, que fue publicado poco antes de que Argelia firmara su independencia en 1962.

Frantz Fanon no llegó a ver el final del conflicto, al morir antes incluso de que viera la luz el volumen que por una parte describe –sin ningún tipo de ambages– las claves del enfrentamiento entre colonos y colonizados, y sus efectos a todos los niveles (político, ideológico, cultural); y por otra parte, propone unas líneas de trabajo, concretas y prácticas, para que el nuevo estado liberado pueda salir de la miseria en que le ha dejado la colonización, y consiga de este modo asumir las riendas de esa independencia recién alcanzada. *Los condenados de la tierra* debe entenderse, pues, no únicamente como un texto expositivo acerca de la situación africana tras la colonización europea, sino como una llamada a la acción específica. Fanon ha observado la realidad argelina; ha tratado los trastornos que ha producido el conflicto en una y otra orilla; ha sido testigo de la miseria de las masas populares y del enriquecimiento por corrupción de aquellos que en un principio luchaban por la independencia; ha vivido en las colonias y ha estudiado en Francia; y conocedor de todo ello, propone caminos, soluciones pragmáticas, que se adapten sobre todo a la realidad de los países subdesarrollados, tan distinta y alejada de la realidad europea.

El tono combativo y exaltado que caracteriza en general el volumen de *Los condenados de la tierra* está presente ya desde el título elegido por Fanon, tomado de los primeros versos del canto de *L'Internationale*: ("Debout! Les damnés de la terre! / Debout! Les forçats de la faim!"). Si bien el *lumpen-proletariat* al que se refiere Fanon no es el proletariado del Marxismo, sino el desheredado, el campesino pobre de fuera de las ciudades, y el verdadero agente de la revolución en el contexto colonial; el título de Fanon recupera sin duda, el espíritu de la lucha contra la opresión por la que abogaba el himno de 1871. Este espíritu revolucionario junto a cuestiones como la denuncia de las desigualdades, el análisis de la situación en las colonias en diferentes ámbitos (social, económico, político, cultural), y las propuestas delimitadas de una serie de directrices que se adapten a la realidad de los países subdesarrollados, van a ser las bases del discurso de Fanon.

El libro, prologado por Sartre, está estructurado en cinco capítulos, en los que se aborda de forma sucesiva el análisis de cada uno de los aspectos generales implicados en los procesos de descolonización, pues el ejemplo argelino que promueve el libro es extrapolable a otros movimientos de liberación. Una breve conclusión, en la que se acentúa la llamada a la acción, sobre todo con el objetivo de encaminarse a un renacimiento del hombre, pone fin a *Los condenados de la tierra*. No obstante, Fanon no hilvana un discurso homogéneo y lineal, sino que en consonancia con el desorden que supone, especialmente en sus inicios, el largo proceso de la descolonización y de dar forma a la nueva nación, el autor trabaja en círculos concéntricos, anunciando

ideas que se retoman y completan más adelante, insistiendo en algunos puntos, matizando o reescribiendo otros. El discurso de Fanon, por otra parte, denota un uso consciente de los recursos del registro oral, y en él domina continuamente la función conativa o apelativa del lenguaje, y por consiguiente, la presencia constante de un interlocutor implícito. El propio autor se manifiesta lingüísticamente en los enunciados, incluyéndose de forma activa en el bando de los oprimidos (“Nosotros, los argelinos”, p. 148), y acentuando así el tono exhortativo. Al mismo tiempo, el uso de imágenes y metáforas plásticas para referirse al conflicto entre subyugados y subyugadores aleja en general a *Los condenados de la tierra* de un simple y desnudo discurso panfletario, aunque a veces inevitablemente lo roce.

Fanon vehicula el primer capítulo (“La violencia”) a partir de la tesis que sostiene que “la descolonización es siempre un fenómeno violento” (p. 27). En su opinión, el análisis de la dialéctica del enfrentamiento entre colono y colonizado desde el primer momento de la ocupación revela, en efecto, cómo la violencia parece ser el único camino posible que conduzca a la liberación. Fue esa violencia el medio que definió la colonización, la sumisión y la explotación del indígena. A partir de ella entraron en conflicto dos mundos opuestos y antagónicos, a la par que excluyentes: la ciudad de los blancos, limpia y ordenada, frente a la ciudad negra, hambrienta, sucia y de casas amontonadas, cuna del crimen. La violencia determina, asimismo, el lenguaje con el que el colono se comunica con el colonizado, con el que lo subyuga. Para justificar este lenguaje el colono debe convertir al negro colonizado en la “quintaesencia del mal” (p. 32). El europeo debe deshumanizar al indígena, verlo como un ser carente de valores y de ética, convertirlo en animal y tratarlo como tal, para así apoyar la explotación y mantener la oposición maniquea que mantiene la vieja metrópolis entre blanco-bueno-superior y negro-malo-inferior; visión que ya había denunciado Fanon en *Peau noire, masques blancs* y que vuelve a recuperar en *Los condenados de la tierra*.

El colonizado ha *experimentado* durante años la violencia en su propia piel (violaciones, asesinatos) y ha comprobado también cómo ningún francés ha respondido por ella; ha vivido el “exhibicionismo” (p. 42) del colono, que le ha recordado a cada paso, también usando la violencia, quién es el amo. Sin embargo, poco a poco, el colonizado va descubriendo su identidad, y va descubriendo sobre todo que el otro no es superior a él, que son iguales, “que una piel de colono no vale más que una piel de indígena” (p. 35); y tal descubrimiento va acompañado de una violencia latente y creciente, a punto de estallar. Al principio, esa violencia potencial que el colonizado siente en su interior se materializará en luchas tribales, que el colono contribuirá a promover; pero en una segunda fase, una vez identificado el verdadero enemigo como las fuerzas coloniales, la meta del colonizado será ocupar el puesto del colono.

En el momento de pasar a la acción, y con el modelo y referente de la victoria vietnamita de Dien-Bien-Phu en 1954, todo parecerá posible. De las masas campesinas, desclasadas y hambrientas, pero olvidadas por la propaganda de la mayoría de partidos nacionalistas, nacerá la revolución. La pregunta que se plantea Fanon en esta fase del análisis es cómo se pasa de esa "violencia atmosférica" (p. 55) que se respira y que propicia la liberación, a la "violencia en acción" (p. 55), y por lo tanto, a la lucha. La explicación se encuentra en los episodios de violencia y contra-violencia que se dan entre colonos y colonizados. El colono intuye el cambio, el movimiento de subversión, y toma medidas en forma de represalias policiales, arrestos, y aunque las pérdidas nunca son equivalentes, el pueblo colonizado no retrocede, sino que se une, y alimenta su violencia, que finalmente desembocará en la total insurrección.

Tras la liberación, la violencia no desaparecerá en el proceso de reorganización de la nación. El camino por recorrer es arduo y el tono de agresividad de los hombres de Estado de los países subdesarrollados "que habría debido desaparecer normalmente" (p. 59) se mantiene. Por la complejidad de esta situación tras la independencia, Fanon dedica un apartado de este capítulo ("La violencia en el contexto internacional") al análisis del proceso de reconstrucción del nuevo estado en relación con la herencia europea. A su juicio, que un país subdesarrollado se ponga como objetivo alcanzar a Europa es un planteamiento erróneo. Las características idiosincrásicas de los países colonizados son totalmente diferentes a las que tenía Europa cuando empezó a desarrollarse e industrializarse; las recetas no pueden ser las mismas. Pero en esas diferencias se encuentra también la responsabilidad que tienen las potencias europeas de no abandonar a su suerte a los países subdesarrollados, después de haber exprimido todos sus recursos. Fanon es radical y crítico en este punto; la opulencia de Europa es escandalosa porque "ha sido construida sobre las espaldas de los esclavos, [...], con el sudor y los cadáveres de los negros, los árabes, los indios, los amarillos" (p. 75). Denuncia fieramente los procesos de descolonización llevados a cabo por los países coloniales; no solo se llevaron los recursos naturales dejando al país en la miseria, sino que retiraron todos los capitales, todas las inversiones, sumiendo a las nuevas independencias en el estancamiento y la pobreza. La ayuda al Tercer Mundo no puede ser un programa de caridad, sino la recompensación justa por el pasado colonial. Fanon pondrá fin a este capítulo denunciando la falta de compromiso de las masas europeas ante la injusticia de sus gobiernos, y pidiendo su implicación en el problema, su abandono del "juego irresponsable de la bella durmiente del bosque" (p. 83); idea que también compartirá y recogerá Sartre en su prefacio.

El primer capítulo, el más largo de todos ellos, anuncia algunos puntos claves ligados al proceso de liberación que serán vistos en detalle en los sucesivos capítulos. Así, en el capítulo II ("Grandeza y debilidades del

espontaneismo”), se centra Fanon en ese *lumpen-proletariat* que citábamos al comienzo, en el que se encuentra el corazón de la revolución, y al que los partidos políticos no han tenido en cuenta en sus discursos. En efecto, los partidos se han dirigido únicamente a las elites de la nación: al proletariado de las ciudades, a los artesanos y funcionarios, lo que supone –al parecer del autor– un nuevo error del proceso de independencia, puesto que esas elites representan una pequeñísima parte de la población. Los partidos políticos restringen las reivindicaciones de las masas rurales, que solo piden tierra y pan, y así, los condenados de la tierra se sienten descontentos al no sentirse representados.

La llegada de la independencia traerá al *lumpen-proletariat* que la propició el desencanto al descubrir que la diferenciación maniquea que sostenía el colono entre blancos y negros tiene matices, y que hay negros que son más blancos que los propios blancos. El pueblo se da cuenta de que mientras él se sacrifica, algunos indígenas se enriquecen con el final de la guerra, de que la explotación puede simplemente cambiar de manos, que “puede también presentar una apariencia negra o árabe” (p. 114).

En el tercer capítulo (“Desventuras de la conciencia nacional”) se ocupa Fanon de analizar, a nivel económico, las cuestiones problemáticas (las “desventuras”) que caracterizan al desarrollo progresivo del país tras la liberación, y que son resultado sobre todo de la descoordinación entre las masas populares y las elites. Fanon insiste en las diferencias entre la realidad de los países subdesarrollados y la vieja metrópolis, que impiden que puedan imitarse procesos de desarrollo europeos. Para el autor de *Los condenados de la tierra* la mayor diferencia estriba en la ineficacia de la burguesía en el país que empieza a resurgir. La burguesía nacional ocupa el lugar de la burguesía metropolitana, pero sin su poder económico ni intelectual (faltan ingenieros, técnicos), lo que la llevará al estancamiento. Nada se intenta por desarrollar la economía, que se reduce a la artesanía local; nada se modifica, y se continúan exportando las materias primas, lo que les mantiene “en el plano de pequeños agricultores de Europa” (p. 120). A esto hay que sumarle el nuevo turismo creado *ex profeso* para la burguesía occidental, que convierte a algunas excolonias “en lupanar de Europa” (p. 121).

Examinado con detenimiento el problema de esa burguesía nacional que pone en funcionamiento rápidamente la maquinaria de la corrupción, constituyéndose así en la décima parte del país que se enriquece mientras las nueve partes restantes mueren de hambre, Fanon propone soluciones prácticas. Sin medios económicos que creen las condiciones necesarias para dar lugar a una industria y un proletariado como se dio en Europa, la burguesía en los países subdesarrollados no tiene razón de ser, de tal modo que corresponde a las masas politizadas (de ahí la necesidad de educarlas) y a los intelectuales cerrar el paso a esa casta que tan solo busca enriquecerse. De este modo se minimizarán esas desventuras que trae consigo el proceso de descolonización.

Con la denuncia del surgimiento de las dictaduras y la endogamia de los países subdesarrollados aparece en este capítulo el tono más exaltado, comprometido, y crítico de Fanon: “Estos regímenes de tipo familiar parecen restablecer las viejas leyes de la endogamia y se siente no cólera, sino vergüenza frente a tanta tontería, tanta impostura, tanta miseria intelectual y espiritual. Esos jefes de gobierno son los verdaderos traidores al África porque la venden al más terrible de sus enemigos: la ignorancia.” (pp. 143-144).

El capítulo IV (“Sobre la Cultura Nacional”) lo constituye el texto de la “Comunicación dirigida al Segundo Congreso de Escritores y Artistas Negros”, que Fanon leyó en Roma en 1959, y que incluyó en *Los condenados de la tierra*. En él recoge de nuevo el concepto de *negritud* y defiende la cultura africana, y por lo tanto, la existencia de una “literatura de negros” (p. 166) más que una literatura nacional. Así lo ha propiciado el colonialismo, pues su visión del negro como salvaje afecta a todo el continente africano, “país de antropófagos, país de negros” (p. 165) para las fuerzas coloniales. La inclusión de este apartado la justifica Fanon por su creencia de que las manifestaciones culturales están ligadas a la maduración de la conciencia nacional. Sin embargo, para que se den las condiciones oportunas que favorezcan la producción de esa cultura debe liberarse el continente. Fanon da un nuevo sentido a la palabra “cultura” cuando sostiene que es esa lucha del pueblo colonizado por obtener su independencia “la manifestación más plenamente cultural que existe.” (p. 191).

El último capítulo (“Guerra colonial y trastornos mentales”) lo dedica Fanon a examinar, desde su experiencia como psiquiatra, los trastornos mentales surgidos de la guerra de liberación de Argelia. Estas notas de psiquiatría que aparentemente se apartan de la tónica general del volumen resultan, no obstante, del todo pertinentes en la medida en que los trastornos de comportamiento y de pensamiento descritos en el capítulo brotan directamente de los procesos de descolonización y de la guerra colonial: “el acontecimiento que desencadena todo es precisamente la atmósfera sanguinaria, despiadada, la generalización de prácticas inhumanas, la impresión tenaz que tienen los individuos de asistir a una verdadera apocalipsis.” (p. 197). Sin la voluntad de ofrecer un trabajo científico, Fanon recoge algunos casos de enfermos argelinos y franceses que fueron tratados por él mismo entre 1954 y 1959. La lectura de las cuatro series en que clasifica los casos (A: trastornos de tipo reaccional a partir de acontecimientos concretos; B: trastornos derivados de la atmósfera bélica; C: trastornos surgidos tras episodios de torturas; y D: trastornos psicósomáticos), nos devuelve de nuevo a la crudeza de toda guerra, y en concreto a los terribles efectos, en todos los niveles, de la lucha armada en Argelia.

Fanon cierra su volumen con una “Conclusión” que –encabezada por el vocativo “Compañeros”– es más bien un grito a la acción, al compromiso y a la esperanza en el hombre nuevo. Es la exhortación a iniciar “un cambio de ruta”, con la clara consigna de no seguir a Europa, de no imitarla, ni dejarse obsesionar por el deseo de alcanzarla. El viejo continente que ha ensalzando el

humanismo, los valores de igualdad y fraternidad, y se ha vanagloriado de su carta de los derechos humanos, pero que al mismo tiempo asesina al hombre “dondequiera que lo encuentra, en todas las esquinas de sus propias calles” (p. 245), no puede ser nunca un modelo a emular. *Los condenados de la tierra* termina pues con el deseo de cambio, y al mismo tiempo de autoafirmación.

El prefacio de Jean-Paul Sartre con el que se abre el libro, fechado en septiembre de 1961, se “contamina”, tras la lectura de *Los condenados de la tierra*, de ese tono de lucha y de esperanza en el hombre nuevo con el que finaliza la obra. Tras la síntesis y el análisis detenido de los cimientos del texto de Fanon, que comparte en su totalidad, Sartre (de la misma manera que Fanon se dirigía a sus hermanos para impulsarlos a la unión y la lucha por la liberación) habla a sus conciudadanos europeos con el objetivo de recordarles la vergüenza que supone la contradicción de erigirse en padres del humanismo y la igualdad, y dar al mismo tiempo la espalda a la opresión y al asesinato en las colonias. Sartre, uno de los interlocutores más relevantes de Fanon, ve en el texto de este colonizado la posible catarsis para el viejo continente: “Como europeo, me apodero del libro de un enemigo y lo convierto en un medio para curar a Europa. Aprovéchenlo.” (p. 13).

Tanto *Los condenados de la tierra* como *Piel negra, máscaras blancas* se convirtieron en textos de casi lectura obligada para la izquierda de las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta, que mostraba una actitud crítica contra la ocupación de las colonias, y apoyaba los procesos de descolonización y de reafirmación de los pueblos oprimidos. Con sus obras, Fanon inspiró a otros movimientos anticolonialistas, y contribuyó firmemente al desarrollo de los estudios postcoloniales, influyendo además en teóricos tan determinantes en esta disciplina como Edward W. Said; o en otras corrientes de lucha, como el feminismo. Sus textos pertenecen ya a la bibliografía clásica de los estudios postcoloniales, y *Los condenados de la tierra* es todavía hoy una lectura altamente recomendable para todo aquel que desee conocer de cerca las consecuencias que para los países subdesarrollados implicó el imperialismo europeo, y que arrastran hasta la actualidad. Leer *Los condenados de la tierra* es de alguna manera un acto responsable, comprometido, es conocerse a uno mismo a través del interés por conocer al otro, como pedía Sartre en su prefacio. Porque la descolonización no acaba con la independencia de la nación ocupada, y se hace necesario escuchar la voz de África. Fanon es, a través de *Los condenados de la tierra*, uno de sus portavoces.

RAQUEL VELÁZQUEZ VELÁZQUEZ